

ría decir algo, se paraba; luego, cuando terminaba volvía a caminar y, tal vez dos pasos más allá, volvía a detenerse para decir un monosílabo.

—Yo también —dijo—.

Seguimos varios metros en silencio.

—Yo tampoco sé cómo me las voy a arreglar sin hablar contigo. Eres un poco cabezón, pero ya me había acostumbrado, y la verdad es que para mí ha sido una sorpresa, desde aquel día en que te acercaste por casa con el asunto de los apellidos, ¿te acuerdas? ¡Claro que te acuerdas! Pues una sorpresa, ya te digo, que alguien de la familia... espero que no te moleste por lo que voy a decir —ahora sí, deteniéndose y mirándome—, pero tú has salido a mí. Eres un poco terco, como tu padre, y no eres tan aficionado a la bebida como yo, es verdad, pero en lo demás, aunque un poco más finolis por la cosa del Fredón y por los nuevos tiempos, pero yo creo que sí, que se te nota que eres sobrino mío. No como los otros sobrinos, claro. No sé cómo decirlo. Tú y yo miramos las cosas de manera un poco parecida. Tú coges algunas cogorzas con los libros y yo con el vino de Montilla del bar El Guerra; pero sobrios somos, no sé cómo decirlo, somos un poco primos.

—En eso estoy de acuerdo, tío. En fin, ojalá sea así, pero yo no lo creo —dijo con cierta humildad.

—Bueno, ya te he dicho que tú eres más fino, tienes un baño libresco mayor, pero sí, sí, yo no lo dudaría. Tú, por ejemplo, estás un poco loco, te enamoras como un necio, igual que yo, y hagas lo que hagas, nunca llegarás a nada, pero no creo que eso te vaya a importar, y ese no importante va a ser en ti realmente importante, ¿no?

—¿Tú crees, Guille? —pregunté un poco aturdido por ese «no llegar a nada», porque la verdad es que estaba más bien convencido de que llegaría a algo y a veces lo ambicionaba con verdadera fuerza.

—Es que —volvió Guille después de observar mi desconcierto— la gente que cree que llega a esto y a lo otro, es un poco fantasma. Tampoco es que quiera decir que la vida es un fracaso. Bueno, a veces lo diría con ganas. No es eso, sin embargo, sino más bien que como nada es definitivo, pues nunca se llega a nada porque todo está sujeto al tiempo y el tiempo es cambio, mudanza. Yo he tenido algo de dinero, trabajo, esposa, y he dejado de tenerlo todo. Todo lo que he tenido también lo he perdido y ganado, así continuamente. Uno tiene una gran casa y se enorgullece de ello, y otro una muy pequeña y se apena por su falta, y el primero ha de ocupar gran parte de su día para llenar la casa —de muebles, de invitados, de lo que sea—, y el otro ocupa gran parte de su tiempo o de su energía, como lo quieras decir, lamentándose. Así que nunca se llega a nada. No

sé si me explico. Lo importante no es tener una casa pequeña o grande, estar solo o acompañado, lo importante es saber que nunca se llega a nada.

—Es un buen consejo —le respondí con un poco de ironía—, sobre todo ahora que me voy a Madrid y que estoy a punto de cambiar de vida.

—Ah, ya sabes que te deseo éxito. Tú no puedes dudar de que te deseo lo mejor, sea lo que sea lo que vayas a hacer.

—¿Entonces?

—Eso no cambia nada. Si yo hago una ensalada, quiero que me salga bien, que esté bien aliñada, y si tengo invitados, que guste. Es obvio. Pero el no llegar a nada tiene que ver con el espíritu que uno pone en las cosas. Es verdad que no todo el mundo lo tiene y no tiene que ser así para todos. Conozco a gente que no siente así y no les va mal; sin embargo, para como yo he vivido y entendido las cosas, digamos que es una fórmula importante. Es uno de los palos del barco. Te lo digo en otros términos: uno puede pretender tener éxito en lo que hace, pero por encima de ese empeño tiene que haber un espíritu que enlaza ese empeño con una instancia superior donde el éxito y el fracaso se neutralizan.

Guillermo se paró con satisfacción. Yo creo que le habían gustado los términos de su explicación.

—Ya sé, Guille: si las cosas me van mal, no debo preocuparme, ¿verdad? O en tus términos: debo entender el posible fracaso en esa «instancia superior».

—Tanto si te va mal como si te va bien. No creas que es fácil vivir con éxito —y esto no lo digo por experiencia—, como no lo es ser muy inteligente, muy guapo o extremadamente hábil para algo notable. Las virtudes son peligrosas. Yo, afortunadamente, no he tenido que luchar mucho contra ellas —dijo riéndose—, porque nunca he notado que destacara en nada.

Pensé al instante que Guillermo sentía alguna tristeza por eso, por no haber destacado en nada. Un campesino que había logrado tener alguna discreta renta alquilando la finca que había heredado de su mujer; que había vivido la mayor parte de su tiempo en Salduba, sin hacer nada visible pero que, al mismo tiempo, poseía dones singulares: inteligencia, silencio, sensibilidad y bondad. Es verdad que mucha gente es inteligente, pero Guille había hecho algo un poco distinto con su inteligencia, la había hecho un instrumento para conocerse, y en esto era realmente admirable, sólo que, ¿quién lo sabía?

—Tío, tengo que decirte que te equivocas, tú sí has destacado en algo.

Guille hizo un gesto de no querer oírme y miró hacia el mar como quien busca una salida.

—Has destacado como persona, y eso es algo en lo que casi todo el mundo fracasa.

Guille se detuvo y se sentó en la arena, orientado hacia el mar. No me miraba. Le dije que había sido muy importante para mí y que yo tardaría muchos años, si lo conseguía, en vivir en mí lo que había visto en él. Añadí que yo aspiraba a hacer muchas cosas —aunque la verdad es que no sabía qué— pero no por el éxito que pudieran acarrearle, sino por el gusto de hacerlas. Y que estaría contento si lograba hacerlas con el temple que había observado en él. «Quizá sea verdad eso que dices, que no has llegado a nada porque nadie llega a nada, aunque eso no ha sido un fracaso ni una vida que no vale la pena. La vida no se vocifera, se cumple, y para cumplir con la propia vida hay que tener un centro. No creo que ese centro te haya faltado».

Guille me detuvo. Noté, aunque lo veía de perfil, casi un poco detrás de él, que estaba emocionado, pero no creo que lo estuviera por mis palabras sobre él; sabía que los halagos no le impresionaban, no era un hombre asequible a la admiración.

—No sigas con eso, no vale la pena y, sobre todo, no vale la pena que me tomes como ejemplo.

Sentí de golpe que me minimizaba e infravaloraba mis palabras que habían sido dichas con intensidad y sinceridad. Le respondí que tal vez él tuviera razón.

Guillermo se volvió hacia mí. Sus ojos marrones se habían intensificado y podía observar un destello de orgullo en ellos.

—Cuando llegué a este mundo —dijo con un tono que parecía solemne de no ser por la distancia que ponía en sus palabras, como si las buscara y las apartara rápidamente de sí—, cuando llegué a este mundo me enteré de que millones de hombres ya habían estado en él. Y que se habían marchado. Puedo verme preguntándole a mi madre, inacabablemente, como sólo lo hacen los chicos, porque no pueden concebir una abstracción y tienen que pensar con las cosas mismas, y no se puede, claro. Durante milenios y milenios, aparecieron criaturas sobre esta tierra y, poco más tarde de sus apariciones, desaparecieron. La mayoría de la gente de mi tiempo había nacido en el mismo siglo, el resto a finales del anterior; de todos los siglos anteriores ya no había ningún testigo vivo. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban todos esos millones de hombres y mujeres? No lo supe entonces sino algo más tarde. Todos estuvieron donde yo y, tal vez como yo entonces, abrieron los ojos en el centro de la perplejidad. Recuerdo el día en que pensé de verdad esto —dijo Guillermo con un tono entrañable, como quien va a contar una anécdota distraída—. Estaba yo aún en la casa de mis padres, claro, en el campo. Era muy jovencito pero ya me había enamorado de la hija de un mediero, que era un par de años mayor que yo. No sabía cómo decírselo y ni siquiera que tuviera que decirle algo concre-

to; pero todo me inclinaba hacia ella. Cuando andaba limpiando los surcos, cuando desbrozaba las acequias, cuando atardecía sobre aquellos inmensos trigales. De vez en cuando, cuando el trabajo me lo permitía, me subía al granero para estar solo, y notaba que algo en mí estaba a punto de estallar, como si todas esas semillas y los fardos de paja que allí se guardaban fueran a incendiarse de golpe. Sentí eso que todos alguna vez hemos sentido: que a pesar de que por aquí han pasado muchos hombres, yo era el primero y el último, que toda la humanidad no era nada si yo no estaba allí, repitiendo o encarnando el tiempo de todos los días. El enamoramiento me había sacado de mí mismo de manera impulsiva y, al mismo tiempo, me había mostrado mi extrema soledad. La vida estaba viva porque estaba viva en mí, pensaba, pero si no era en mí, y aquí estaba la gracia y desgracia del asunto, estaría en otro. Tenía razón y no la tenía. Pensé entonces, y lo pienso ahora también, muchos años después, que nunca llegaría a nada pero que vivir, vivir de verdad, valía la pena y que no podría vivir sin una ética profunda. No me lo diría con estas palabras, ni con palabras, pero lo sabía. Tú lo has llamado espíritu, y tal vez sea lo mismo.

Le expliqué que ética quizás era una palabra que designa nuestra relación con los otros, más que con uno mismo.

—Puede ser, pero no sólo vivimos con los otros, con nuestros semejantes: vivimos con todo lo que nos rodea, y yo mismo soy mi socio, nunca me he visto como un monolito que se relaciona con algo que está fuera y que es el mundo.

—¿Y encontrar ese centro es un fracaso o un éxito? —le pregunté rescatando sus palabras anteriores.

—Yo creo que encontrar ese centro, que tú mencionabas, está bien, como está bien estar sano o enfermo, pero cuando uno se encuentra sano no dice que es un éxito su salud, ¿no? Simplemente acepta su salud y vive con ese estado de su organismo. La salud le permite hacer cosas que no haría si fuera tuberculoso, por ejemplo, y cuando respira hondo no encuentra obstáculos. Pero ¿es un éxito? Ha habido hombres que han vivido enfermos y han realizado grandes cosas, y otros que, ufanos de su salud, han arruinado su vida. Es lo que decíamos antes de las virtudes. Bueno, pues lo del centro es bueno porque te permite no tener éxito en la salud ni fracasar cuando estás enfermo.

—Pero si estás enfermo puedes morir... —insistí.

—Sí, pero morir se no es un fracaso, es sólo la refutación de nuestras ilusiones y de nuestras estupideces; pero uno no puede decir: fíjate qué fracaso el de fulanito, que se murió ayer..., o qué gran éxito el de zutano, que acaba de nacer. ¡Todo un éxito! Yo lo que digo —y ya estoy un poco cansado de darle vueltas a esto— es que nunca se llega a nada, pero no